

La casa de todos

Creado en Lunes, 16 Mayo 2016

Escrito por **Alejandro Rosales** / Fotos del autor



La casa de Eyda Martínez no es solo de ella. Abre sus puertas temprano, cuando sospecha que alguien espera en el portal, pues las mañanas inician con visitas, como un ritual inviolable.

El café, delicioso, demora en estar listo. Se hace a cuatro manos, en ocasiones a más, pues la anfitriona apenas encuentra el momento de cambiar su bata de dormir por las ropas de trajinar. Eyda corre a la cocina, quejándose del poco tiempo que tiene para hacer las cosas de la casa. Pero regresa a la sala: la visita persiste en quedarse un rato más. La cafetera permanece zafada, en espera de la mezcla de polvos, secreto de cocina.

Afuera, en el pequeño patio, está la ropa sucia, diseminada en el suelo. Alguien le ha pedido lavar "unos trapitos" y ella, solícita, accedió. El bulto crece visiblemente mientras le agrega la ropa de Jose, el hijo, quien recién se fue a trabajar.

La mañana avanza y la casa de Eyda Martínez se despierta. Del café acabado de hacer solo queda el buchito para Hilda, la madre de casi noventa años que acaba de levantarse. Habrá que hacer más. "No te preocupes, hija, yo lo pongo", dice una de las visitantes del día. Eyda, al otro lado de la casa le responde que no hace falta, que ella lo hace sin problemas.

Temprano también llega Hugo, el fotógrafo cuyo estudio está en la sala de la vivienda. Viene en busca del pomo de agua fría y del café, si queda. Porque Eyda, más por carácter que por necesidad, se sumó a la vorágine del cuentapropismo provincial, y su casa es paradero de las quinceañeras que sueñan ya con su álbum de fotos.

El coro de voces crece desmesuradamente. La abuela Hilda busca su lugar en algún sillón o en el comedor, frente a una cabeza de ajos por pelar. El portal se abarrota de clientes, los asientos no alcanzan, el baño está ocupado. Pero de alguna manera inexplicable, Eyda Martínez no está molesta. Se mueve de un grupo a otro, preguntando a todos si necesitan alguna cosa. Atiende el teléfono: "¡Hugo, es para ti!", y regresa a la cocina para terminar algún cuento empezado no se sabe ya en qué momento.

No la he visto sentarse, parece inagotable esta mujer. A veces me pregunto de qué extraño material estará hecha. Seguramente uno que no le permite jadear de cansancio cuando la colada va aún por la mitad, que le impide tambalearse cuando se encamina de nuevo a la sala para atender a un recién llegado. Eyda no se sienta, no se detiene. Continúa estoica mientras la casa se crece como un manojito de tonos vocales, de historias disparatadas, de chismes sanos.

La tarde significa dominó. Cuando Pichy, el esposo, termina de trabajar, le toca al barrio confluír al portal, ya resguardado del sol. Plantan la mesa, sirven el trago para acompañar, y comienza un repiquetear de fichas sobre la madera que rivaliza con el ruido de los autos en la calle.

Y el hogar sigue vivo al caer la noche. Hugo cierra el estudio y se despide. El olor que escapa de la cocina atrae a la familia. Comienza la novela, y acaba. El sueño sorprende a todos, incluida a la mujer de mucho hablar, la que no se detiene, la que no cede. Mañana temprano, la casa marcada como Colón 109 abrirá sus puertas otra vez, y no será solo de Eyda Martínez, sino de todos.